

gado precisamente a mí para preguntar el camino de la fonda?... Pues bien, bebamos y comamos juntos, antes de que vaya usted a ella.

—No, esta noche no—repuso Bintrey, —se lo agradezco. ¿Puedo esperar verle mañana por la mañana, a eso de las diez?

—Tendré sumo gusto en aprovechar la ocasión más próxima para reparar, con su permiso, el mal que causa usted a mi cliente ofendido—contestó el bueno del notario.

—Sí, sí—dijo Bintrey—¡su cliente ofendido! ¡Bueno! Pero, una palabra al oído, señor Voigt.

Habló durante un segundo en voz baja y prosiguió su camino. Cuando el ama de llaves del notario regresó a su casa, halló a éste de pie delante de la puerta, inmóvil, teniendo todavía la llave en la mano, y la puerta cerrada aún.



VICTORIA DE OBENREIZER

Otra vez varía el escenario. Nos llamamos al pie del Simplón, por la parte de Suiza.

En uno de los tristes cuartos de aquella triste posada de Brietz, estaban sentados Bintrey y el señor Voigt.

Constituían un consejo—siguiendo los usos de su profesión—un consejo compuesto de dos miembros. Bintrey revolvía su caja de telegramas. El notario miraba constantemente una puerta cerrada, pintada de cierto color pardo que se proponía imitar caoba.

Esa puerta daba al cuarto contiguo.

—¿No es la hora?... ¿No debía estar él ya aquí?...—preguntó el notario, que mudó la dirección de la mirada para examinar una segunda puerta que había al oro extremo del cuarto.

Esta se hallaba pintada de amarillo y pretendía imitar la madera de abeto.

—¡Está aquí!—respondió Bintrey, después de escuchar un momento.

La puerta amarilla fué abierta por un criado, que introdujo a Obenreizer.

Este, al entrar, saludó al señor Voigt con una familiaridad que no causó poca turbación al notario; a Bintrey le saludó con cortesía reservada y fría.

—¿Por qué razón me han hecho venir de Neufchatel al pie de este monte?—preguntó, tomando el asiento que el abogado inglés le ofrecía.

—Su curiosidad quedará completamente satisfecha antes de terminarse nuestra entrevista—contestó Bintrey.—Por ahora, ¿me permite que le dé un consejo?... ¿Sí?... Pues bien, vamos directamente al asunto. Estoy aquí en representación de su sobrina.

—¡En otros términos, usted, hombre de ley, está aquí para representar una infracción de la ley!

—¡Admirable principio!—exclamó el inglés.—¡Cuán cómoda sería mi profesión, si todas las personas con quienes tengo que tratar fuesen tan claras como usted! He aquí el modo que tiene usted de ver las cosas; pero yo también tengo mi manera de considerarlas y le digo que estoy aquí para discutir un compromiso entre usted y su sobrina...

—Para discutir un compromiso es indispensable la presencia de ambas partes

—interrumpió Obenreizer.—Yo no soy una de esas dos partes. La ley me concede el derecho de intervenir los actos de mi sobrina hasta su mayor edad. Ahora bien, ella no es aún mayor. Lo que yo quiero es mi autoridad.

En este momento, intentó habar el señor Voigt. Bintrey, con el aspecto de compasiva indulgencia que se emplea con los niños mimados, le impuso silencio.

—No, mi digno amigo, no, ni una palabra. No se agite usted en vano. Déjeme obrar.

Y volviéndose hacia Obenreizer, hablóle de nuevo:

—No puedo hallar nada comparable con usted, nada, a no ser el granito. Y aun el granito se desgasta por efecto del tiempo. Por favor, en interés de la paz y del reposo, en nombre de su dignidad, déjese ablandar un poco... ¡Ah! Si quisiera usted aunque no fuera más que delegar su autoridad en una persona que yo conozco, podría usted estar seguro de que esa persona no perdería nunca de vista a su sobrina, ni de día ni de noche...

—Pierde usted su tiempo y el mío—interrumpió Obenreizer.—Si dentro de ocho días no ha vuelto bajo mi autoridad mi sobrina, invocaré la ley. Si usted resiste a la ley, sabré cogerla por la fuerza.

Al mismo tiempo erguíase cuanto alto era. El señor Voigt miró otra vez en derredor suyo, hacia la puerta parda.

—Tenga compasión de esa pobre muchacha—prosiguió Bintrey con insistencia.—Recuerde usted que ha perdido el novio recientemente. Este ha tenido una muerte horrorosa... ¿Nada puede conmover a usted?

—Nada.

Bintrey se levantó a su vez y miró al notario.

La mano de Voigt, que se apoyaba en la mesa, empezó a temblar; sus ojos permanecieron fijos en la puerta parda, como por una especie de fascinación irresistible.

Obenreizer, que lo observaba todo con desconfianza, siguió la dirección de aquella mirada.

—¡Ahí hay una persona que nos escucha!—exclamó.

—Hay dos—dijo Bintrey.

—¿Quiénes son?

—Ahora las verá usted.

Alzó la voz, y no dijo más que una palabra, una palabra muy común, que está diariamente en labios de todo el mundo:

—¡Adelante!

La puerta parda se abrió.
Sostenido por Margarita, pálido, con

el brazo en cabestrillo, Vendale se halló de pie delante de su asesino.

¡Un fantasma que sale de la tumba!

Durante el silencio que siguió a la aparición, el canto de un pájaro enjaulado que gorjeaba abajo, en el patio, fué el único ruido que se oyó en el cuarto.

El notario tocó a Bintrey en el brazo, y mostrándole a Obenreizer, dijo en voz baja al abogado:

—Mírele.

La terrible emoción había paralizado al miserable; su rostro era el de un cadáver, y en su pálida mejilla, un solo punto conservaba el color de la vida: era la raya purpúrea y sanguinolenta, la cicatriz de la herida que su víctima le había producido al borde del abismo, al defenderse contra él. Sin habla, sin aliento, inmóvil, atontado, creyérase que, a la vista de Vendale, la muerte a que había condenado a su enemigo, acababa de herirle a él.

—Alguien habría de hablarle—dijo el señor Voigt.—¿Debo hacerlo yo?

Aun en este momento, obstinóse Bintrey en que callara el afortunado poseedor del reloj de seguridad, pues el abogado inglés quería reservarse enteramente la dirección de aquel asunto. Hizo a Margarita y a Vendale una seña para que se retirasen, y dijo al último:

—Ya está cumplido el objeto de su aparición repentina. Váyase por ahora. Sin duda su ausencia ayudará al señor Obenreizer a recobrar el sentido y la voz que ha perdido.

Bintrey acertó.

No bien hubieron desaparecido los novios, y así que la puerta se hubo cerrado tras ellos, Obenreizer dejó oír un profundo suspiro. Buscó en torno suyo una silla y dejóse caer pesadamente en ella.

—Déle usted tiempo para reponerse —dijo el notario.

—Nada de eso—replicó Bintrey,—no sé el uso que haría de ese tiempo si yo se lo concediese.

Y volviéndose hacia Obenreizer, prosiguió:

—Me debo a mí mismo... note bien que no admito deberle a usted nada... me debo a mí mismo explicar mi intervención en todo esto, y decirle lo que se ha hecho siguiendo mis consejos y bajo mi completa responsabilidad. ¿Se halla usted en disposición de escucharme?

—Le escucho.

—Recuerde la época en que se puso usted en camino para Suiza con Vendale. No bien habían transcurrido veinticuatro horas desde su partida, cuando su sobrina cometía una imprudencia... ¡Con toda su penetración, no hubiera usted podido preverla! Margarita seguía a su

prometido en su viaje, sin pedir permiso ni consejo a nadie y sin más compañero para protegerla en el camino, que un mozo de bodega de Vendale.

—¿Por qué?—preguntó Obenreizer.—¿De dónde le vino la idea de seguirnos, y cómo tomó a ese hombre por guía?

—Voy a decírselo—contestó friamente Bintrey.—Porque sospechaba que entre usted y Vendale había debido de haber una disputa formal que le ocultaban a ella; por que lo creía a usted capaz—y con razón—de servir sus intereses y satisfacer sus resentimientos con un crimen. Inmediatamente después de marchar usted, se llegó ella a Joey Laddle, a quien usted conoce, para saber lo que había pasado entre su amo y usted. Un accidente muy ordinario acaecido a Vendale en sus bodegas, había despertado en Joey una superstición ridícula; le asaltó la idea de que el señor Vendale moriría de muerte violenta. Su sobrina de usted le arrancó tan insensata predicción que llevó hasta el colmo sus propios temores. Al punto tuvo Joey Laddle conciencia del mal que acababa de hacer, y él mismo se condenó a la sola expiación que podía ofrecer: «Si mi amo está en peligro—dijo a la señorita Margarita—es mi deber ir a socorrerle, y aun más, velar por usted». Pusiéronse, pues, en camino los dos... Esta es, señor

Obenreizer, la primera vez que la superstición ha servido para algo. Ese terror que parecía infundado, decidió a su sobrina a emprender el viaje y la ha inducido a salvar la vida de aquel a quien amaba. ¿Me comprende usted hasta aquí?

—Hasta aquí, comprendo.

—La primera noticia de su crimen—prosiguió el inglés—la tuve por una carta de la señorita Margarita, y todo lo que me queda por comunicarle es que su amor y su valor supieron encontrar a la víctima de usted. Acudió a toda su energía para volver a la vida al señor Vendale. En tanto que él estaba moribundo, cuidado por ella en Brietz, escribíame Margarita, suplicándome que fuera allí. Antes de marcharme, enteré a la señora Dor de lo que sucedía; le dije que la señorita de Obenreizer estaba en sitio seguro y que yo conocía el lugar de su retiro. La buena mujer me enteró, a su vez, de que había llegado una carta para su sobrina, en la que la anciana reconoció la letra de usted. Me apoderé de la misiva y di las disposiciones necesarias para que se me remitieran todas las demás que se recibiesen. Llegado a Brietz, encontré fuera de peligro al señor Vendale, y al momento me cuidé de apresurar el día en que al fin pudiera yo arreglar todas mis cuentas con usted...

Sabía que Defresnier y Compañía se habían separado de usted por ciertas sospechas; lo sabía yo mejor que nadie; puesto que ellos no han obrado sino por informes particulares que yo les mandé. Habiéndole, pues, despojado primeramente de su honorabilidad engañosa, me faltaba arrancarle su autoridad sobre la señorita Margarita. Para conseguirlo, no he tenido escrúpulos. Con perfecta tranquilidad de conciencia he tendido a sus pies el lazo, en la obscuridad, y hasta debo decirle que he sentido cierta satisfacción profesional al vencerle con sus propias armas. Por orden mía, le han ocultado a usted cuidadosamente lo que ha sucedido de dos meses acá. Mi mano, invisible, pero activa siempre, es la que le ha traído a usted aquí por grados. No veía yo más que un solo medio de derribar de un golpe ese aplomo diabólico que hasta ahora había hecho de usted un hombre temible... He empleado ese medio... Ahora, no nos queda más que una cosa por hacer juntos, una sola, señor Obenreizer.

Y diciendo esto, Bintrey sacó del saco de telegramas dos hojas de papel llenas de caracteres compactos, en donde se reconocía la confusión legal.

—¿Quiere usted devolver la libertad a su sobrina?—añadió.—Usted ha cometido una tentativa de homicidio, una

falsedad, un robo. Tenemos pruebas irrecusables. Si sufre usted una condena infamante, ya sabe tan bien como yo adónde irá a parar su autoridad de tutor. Personalmente, yo hubiera preferido el partido más violento para desembarazarnos de usted; pero me han expuesto mil consideraciones a las cuales no puedo resistir. Así, pues, tenía yo mucha razón al decirle que esta entrevista se terminaría con un compromiso. Firme usted esta acta, por la cual se compromete a no pretender tener poder alguno sobre la señorita Margarita, a no aparecer nunca ni en Inglaterra ni en Suiza, y yo firmaré a mi vez un compromiso que le garantice contra toda persecución judicial. ¡Firme usted!

Obenreizer tomó la pluma y firmó.

Bintrey le dió el compromiso de que le había hablado. Tras lo cual, levantóse Obenreizer, pero sin efectuar el menor movimiento para salir del cuarto. Permanecía en pie, mirando con extraña sonrisa al notario; un rayo sombrío brotaba de su cielo nebuloso.

—¿Qué espera?—dijo Bintrey.

Obenreizer mostró con el dedo la puerta parda.

—Llámelos otra vez—dijo.—Antes de retirarme, tengo que decir una cosa en su presencia.

—¿No basta mi presencia para satis-

facerle?—replicó el inglés.—Me niego a llamarlos.

Obenreizer se volvió hacia el señor Voigt.

—¿Se acuerda usted de haber tenido en otro tiempo un cliente inglés llamado Vendale?—le preguntó.

—¿Y qué?—respondió el notario.—¿Qué tiene que ver ese recuerdo con las cosas que nos ocupan?

—Señor Voigt, su reloj de seguridad le ha hecho traición.

—¿Qué quiere usted decir?

—He leído los certificados y cartas contenidos en la caja de su cliente, y he sacado copias de ellos. Estas copias las tengo encima. ¿Le parece a usted, señor Bintrey, que ésta es razón suficiente para llamar a sus amigos?

El notario miró por espacio de unos instantes a todos lados. Colocado entre Obenreizer y Bintrey, no sabía a cuál oír, porque estaba sumido en una extrañeza que le quitaba el ejercicio de la razón. Al fin se repuso, atrajo al abogado a un rincón del cuarto y le dijo algunas palabras.

El rostro de Bintrey, después de reflejar un momento, como en un espejo, lá sorpresa dibujada en el de Voigt, varió súbitamente de expresión. Con el ardor de un joven, llegóse a la puerta parda,

desapareció y volvió inmediatamente acompañado de Margarita y Vendale.

—¡Aquí están!—dijo a Obenreizer.—Usted tiene la última jugada de la partida. Juegue bien.

—Antes de abdicar, como tutor, mi autoridad sobre esta joven—dijo Obenreizer,—mi deber me ordena revelarle un secreto que le interesa. No le pido atención a la ligera, y tampoco le pido, ni a las demás personas, que crean por mi palabra lo que voy a exponer. Tengo a mano pruebas escritas. Son copias de originales cuya autenticidad podrá certificar el mismo señor Voigt. Incúlquense ustedes bien esto en la imaginación, y remontémonos a una época ya muy vieja... al mes de Febrero de año 1836.

—Observe usted esa fecha, Vendale—dijo Bintrey.

—Mi primera prueba—prosiguió Obenreizer, sacando de la cartera un papel—es la copia de una carta escrita por una señora inglesa, una mujer casada... a su hermana, que es viuda. Callaré por ahora el nombre de esa dama. El de la persona a quien va dirigida a carta es: la señora Jane Anna Miller, en Groombridge Wells, Inglaterra.

Vendale se estremeció, iba a hablar; pero Bintrey le detuvo como había detenido tantas veces a notario desde hacía una hora.

—No—dijo el obstinado inglés.—Confíen en mí.

—Obvia—prosiguió Obenreizer—fatigar a ustedes con la primera mitad de esta carta, cuyo extracto les daré en dos palabras. He aquí, pues, la situación de la persona que escribió estas líneas: Había vivido mucho tiempo en Suiza con su esposo, a quien su salud obligaba a vivir allí. Hallábanse a la sazón próximos a mudarse a una nueva residencia que habían elegido; tenían que estar instalados en ella a los ocho días, y anunciaban a la señora Miller que, dentro de dos semanas, podrían recibirla allí. Dicho esto, la autora de la carta entra en un detalle doméstico importantísimo. Privados de la alegría de los hijos, y no teniendo ya, al cabo de tantos años, esperanza alguna en cuanto a esto, están solos, sienten la necesidad de dar algún interés a su vida y han resuelto adoptar un niño pequeño. Aquí empiezo a leer palabra por palabra:

«¿Quieres ayudarnos, querida hermana, en la realización de nuestro proyecto? En nuestra condición de ingleses, deseamos adoptar un niño inglés. Este niño, creo que puedes ir a buscarlo a la Inclusa; el agente de negocios de mi marido en Londres te indicará los medios de conseguirlo. Te dejo elegir libremente, con la sola condición que

»voy a decirte. El niño ha de tener por
 »lo menos un año y ser varón. Perdóname
 »me la molestia que te voy a causar y
 »tráenos el niño con los tuyos, cuando
 »vengas a vernos a Neufchatel.

»Dos palabras más para darte a cono-
 »cer las intenciones de mi marido en tan
 »delicada circunstancia. Quierre aho-
 »rrar al niño, que se convertirá en hijo
 »nuestro, toda humillación en lo sucesi-
 »vo, y sobre todo, no exponerlo nunca
 »a perder el respeto a sí mismo, pérdida
 »que podría resultarle del conocimiento
 »de su verdadero origen. Llevará el nom-
 »bre de mi esposo y será educado en la
 »creencia de que realmente es hijo suyo.
 »La herencia que dejemos le estará ase-
 »gurada, no sólo por las leyes inglesas,
 »sino también por las leyes de Suiza.
 »Hemos vivido tanto tiempo en este úl-
 »timo país, que casi podemos conside-
 »rarlo como si fuera el nuestro. Hay que
 »tomar, pues, precauciones para evitar
 »toda revelación posterior que pudieran
 »hacer en la Inclusa. Ahora bien, nues-
 »tro nombre es bastante raro en Ingla-
 »terra, y si intervenimos y somos ins-
 »critos como adoptantes en los registros
 »de la Inclusa, habrá indudablemente
 »muchas cosas que temer. Tu nombre,
 »hermana querida, lo llevan en Ingla-
 »terra miles de personas de todas clases

»y esferas, y si consientes en figurar tú
 »sola en los registros, quedará garantiza-
 »do el secreto.

»Nos mudamos de residencia y vamos
 »a una parte de Suiza en donde son des-
 »conocidas nuestra posición y nuestra
 »manera de vivir; creo que harías bien
 »en tomar nueva aya, cuando vengas a
 »vernos. Con todas estas precauciones,
 »el niño pasará por ser el mío, que ha-
 »bré dejado en Inglaterra y que me lo
 »traerá mi hermana. La única criada
 »que conservamos con nosotros al va-
 »riar de residencia es mi doncella, en
 »quien puedo tener absoluta confianza.
 »En cuanto a los agentes de negocios,
 »tanto de Inglaterra como de Suiza, sa-
 »ben, por su profesión, guardar un se-
 »creto, y podemos estar tranquilos por
 »ese lado. He, pues, ahí revelada toda
 »nuestra pequeña conspiración. Respón-
 »deme a vuelta de correo.—Mil afectos y
 »dime que seguirás muy de cerca a tu
 »carta.»

—¿Persiste usted en callar el nombre
 de la persona que ha escrito estas líneas?
 —preguntó Vendale.

—Lo guardo para el final—respondió
 insolentemente Obenreizer,—y paso a la
 segunda prueba. Un simple pedazo de
 papel, como ven ustedes. Es una nota
 entregada al abogado suizo que redactó

los documentos referentes a este asunto. Acabo de leerla. He aquí sus términos.

«Adoptado en la Inclusa de Londres,
»el 3 de Marzo de 1836, un niño varón,
»llamado Walter Wilding.—Nombre y
»situación del adoptante: la señora Jane
»Anna Miller, viuda, que obra por cuenta
»de su hermana, casada, domiciliada en
»Suiza.»

—¡Paciencia!—añadió Obenreizer, al ver que Vendale, a pesar de los esfuerzos de Bintrey, se preparaba otra vez a tomar la palabra,—no callaré mucho tiempo el nombre que desean ustedes conocer. Pero he aquí otros dos papeluchos. Vean mi tercera prueba.

«Certificado del doctor Ganz, de Neuf-
»chatel, fechado en Julio de 1838».

El doctor certifica—ya lo leerán ustedes luego,—primero, que ha asistido al niño adoptado, en todas las enfermedades de la infancia—y además, que tres meses antes de la fecha de este mismo certificado, murió el adoptante; que precisamente en esa fecha, la viuda de dicho señor, acompañada de su doncella, dejaba a Neufchatel para regresar a Inglaterra... Otro eslabón más que añadir a todas esas cadenas—añadió, tras breve

pausa Obenreizer,—y quedará cumplido mi deber... La doncella de que se habla permaneció al servicio de dicha señora hasta la muerte de ésta, ocurrida hace pocos años. Podría, por consiguiente, certificar la identidad del adoptado a quien ha seguido desde su infancia hasta la edad viril. He aquí su dirección en Inglaterra... y esta es, señor Vendale, mi cuarta y última prueba.

—¿Por qué me lo dice usted a mí?—preguntó Vendale, en tanto que Obenreizer dejaba sobre la mesa la dirección escrita.

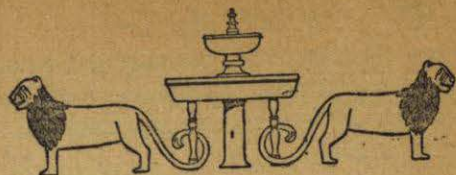
—¡Porque ese hombre es usted! Porque, si se casa con usted mi sobrina, se casará con un bastardo, criado por la caridad pública; se casará con un impostor sin apellido, sin familia, que representa el papel de caballero y no es sino una máscara.

—¡Bravo!—exclamó Bintrey.—¡Admirablemente traído, señor Obenreizer; no añadiré más que una palabra a lo que usted acaba de decir!... ¡Gracias a los esfuerzos y a la generosa intervención de usted, su sobrina se casa con un hombre que hereda una fortuna magnífica!... Jorge Vendale, como albacea testamentario, permítame que me felicite yo al mismo tiempo que usted. ¡Se ha cumplido el último deseo terrestre de nuestro pobre amigo! Hemos hallado al verdade-

ro Walter Wilding.—¡Ah!... ¡Ah!... El mismo señor Obenreizer es quien lo dice: ¡Ese hombre es usted!

Estas últimas palabras llegaron a los oídos de Vendale sin que él las percibiera. En aquel momento no tenía conciencia más que de una sensación única y deliciosa; sólo escuchaba una voz, la de Margarita, que le decía:

—Jorge, nunca te he amado tanto como te amo ahora.



CAE EL TELON

Es el día primero de Mayo. En la Encrucijada de los Cojos apercibense a fiestas sin precedente. Las chimeneas humean, el comedor patriarcal está tapizado de guirnaldas de flores. La señora de Goldstraw, la respetable ama de llaves, hállase en el fuego del combate. Hoy es el día en que el joven dueño del lugar se casa lejos con su bella prometida —lejos, muy lejos, en Suiza, en el pueblecito de Brietz, al pie del Simplón, muy cerca del terrible abismo de donde le sacaron con vida su valor y su cariño.

En Brietz repican las campanas. Las calles están empavesadas con gallardetes y retumba en las calles el ruido de la música y de las carabinas. Toneles de vino adornados con banderas dejan

escurrir el precioso licor bajo una tienda levantada ante el albergue, y allí se prepara un banquete en que todos tendrán asiento.

¿Por qué esas campanas? ¿Por qué esas banderas, esas colgaduras en las ventanas, esos disparos y esa orquesta? ¿Por qué está de fiesta el pueblecillo? ¿Por qué reina la alegría en el corazón de esos rústicos habitantes?

La última noche, bramó la tempestad; las montañas vuelven a estar nevadas, pero el sol brilla, el aire es fresco y embalsamado; los campanarios de cinc de las aldeas del valle parecen de plata bruñida; la cordillera de los Alpes, hasta donde puede alcanzar la vista, es una larga nube blanca, en el cielo azul.

La buena gente de Brietz ha levantado un arco de triunfo de follaje, al través de la calle que los recién casados han de seguir al volver de la iglesia.

En un lado se lee esta inscripción:

HONOR Y AMOR

En el otro:

A MARGARITA VENDALE

Y es que están orgullosos de sus joven y bella compatriota; están con ella entusiasmados. Quieren saludarla por

el apellido de su esposo, al salir del templo. Es una sorpresa que le han preparado. Por eso van a conducirla a la iglesia por calles tortuosas que pasan por detrás de las casas.

Proyecto es ese de fácil realización, sin duda, en el tortuoso pueblo de Brietz.

Así es que todo está preparado. Irán a pie a la iglesia, y volverán del mismo modo. En el mejor cuarto de la posada adornada para la fiesta, están reunidos los novios, el notario de Neufchatel, el señor Bintrey, la señora Dor y cierto compañero alto y grueso, popular con el nombre del señor *Zhoe-Ladelle*.

Por cierto que la señora Dor calzaba un par de guantes que eran muy suyos. Ya no alzaba los brazos al cielo; sino que los había echado al cuello de la novia; el resto de la concurrencia tenía que contentarse hasta el fin con la vista de su ancha espalda.

—Amor mío, bella mía—decía entre suspiros la buena mujer,—perdóneme que haya podido ser su gata algunas veces.

—¿Su gata, señora Dor?—repitió Margarita, en el colmo del asombro.

—Sí, su gata, hija mía, porque estaba yo encargada de vigilar la encantadora ratita...

Y esta original explicación de su antigua sumisión a Obenreizer no salió de

labios de la señora Dor sino con un cruel sollozo.

—Señora Dor, usted ha sido siempre nuestra mejor amiga... Jorge, ¡dile que la consideramos como nuestra amiga!

—Claro está, querida, ¿qué hubiera sido de nosotros, a no ser por ella?

—¡Qué buenos y generosos son ustedes dos!—exclamó la vieja suiza arrepentida.

Y, volviendo a su idea, añadió:

—¡No importa, he sido su gata!

—Sí; pero una gata como las de los cuentos de hadas, señora Dor—dijo Vendale, besándola en ambas mejillas.—Es usted mujer leal y franca, y la simpatía que tenía usted por los dos pobres amantes en el suplicio, ha sido tan franca como su corazón.

—No quiero de ninguna manera privar a la señora Dor de su parte de abrazos—dijo Bintrey sacando el reloj,—y no me parece mal verlos a los tres reunidos en un rincón como las Tres Gracias. Hago observar únicamente que ha llegado la hora y que podríamos ponernos en marcha. ¿Qué sentimiento tiene usted sobre esto, señor Laddle?

—Límpido, caballero—contestó Joey con un mohín muy amable.—Es extraño, señor, lo límpido que me siento en todo mi sér, desde que he vivido algunas semanas sobre la tierra. Nunca había

pasado en ella tanto tiempo y esto me ha producido mucho bien. Sin embargo, convengo en que si en la Encrucijada de los Cojos me hallo a veces demasiado bajo tierra, en la cúspide del Simplón hallárame demasiado encima de ella. Aquí es donde he encontrado el término medio... Si algún día he tomado alegremente la vida desde que estoy en el mundo, ha sido hoy. Y cuento con demostrarlo, pronunciando cierto brindis en la mesa. He aquí mi brindis: «¡Que Dios bendiga a los dos!»

—Yo apoyaré el brindis—dijo Bintrey.—Y ahora, señor Voigt, nosotros, como antiguos amigos, caminemos juntos del brazo.

La muchedumbre esperaba a las puertas; se tomó alegremente el camino de la iglesia, y efectuóse la feliz boda.

Aun no había terminado la ceremonia, cuando vinieron de fuera en busca del notario.

Sale éste, y, pronto de vuelta, quédase en pie detrás de Vendale, a quien toca en el hombro.

—Vaya a la puerta lateral—dijo,—y solo. Confíeme a su esposa un momento.

En el umbral de dicha puerta estaban los dos guías del Asilo, llenos de nieve, extenuados por haber recorrido largo trayecto. Desearon toda clase de felicidades a Vendale, y luego...

Luego, cada uno puso su fuerte mano en el hombro del joven, y el primero dijo:

—¡Aquí está la camilla! ¡La misma en que le transportaron a usted al Asilo, la misma!...

—¡La camilla aquí!—dijo Vendale.—¿Para qué?

—Silencio... Por el amor de su esposa... Su compañero de aquel día...

—¿Qué le ha sucedido?

El gufa miró a su colega como para suplicarle que le diera valor.

—Está ahí—dijo.

—Durante unos días—prosiguió el gufa—ha vivido en el primer Refugio. El tiempo era alternativamente bueno y malo...

—¿Y qué más?—preguntó Vendale.

—Llegó anteayer a nuestro Asilo; y después de confortarse con un buen sueño, en el suelo, ante la lumbre, abrigado con su gabán, determinóse a partir antes de amanecer, para proseguir su camino hasta el Asilo vecino. Esa parte del camino inspirábale serios temores; pensaba que estaría peor al día siguiente.

—Acabe usted...

—Salió solo. Ya había pasado de la galería, cuando un alud, semejante al que cayó detrás de ustedes, junto al puente de Gather...

—¿Le ha matado ese alud?

—Le hemos hallado triturado, hecho pedazos... pero, señor, por el amor de su esposa... le hemos traído aquí en la camilla, para que lo sepulten. Tenemos que subir a la calle y, no obstante, ella no debe verle, ella... sería una maldición pasar la camilla bajo la arcada de verdures antes que pase su señora... Vamos a dejarla en una piedra, en la esquina de la segunda calle a la derecha, y cuando bajen ustedes de la iglesia, que no vuelva ella la cabeza al pasar... ¡Vaya usted! No pierda tiempo... Podría ella preocuparse por su ausencia... ¡Vaya!

Vendale volvió al lado de su mujer. El alegre cortejo esperábalos en la puerta principal de la iglesia. Bajaron por la calle en medio del repiqueteo de las campanas, de las descargas de mosquetería, de las banderas que se agitaban, de los instrumentos de metal que alborotaban, de aclamaciones, gritos, risas, lloros de todo el pueblo, embriagado por el placer de verlos dichosos.

—¡Baje la bendición del cielo sobre la joven valerosa!—exclamaban por todas partes.—¡Mirad! ¡Qué noblemente se acerca en el esplendor de su juventud y belleza, del brazo de aquél a quien ha salvado la vida!

Cuando llegaron a la esquina de la segunda calle a la derecha, Vendale se inclinó sobre su oído y le habló detenida-

mente muy bajito. Así que hubieron franqueado la esquina siniestra, Vendale, apretando bajo su brazo el de Margarita, le dijo:

—Por razones que te haré saber luego, no te vuelvas, amada mía.

Pero él volvió la cabeza,

Vió la camilla y sus portadores que pasaban bajo el arco de triunfo.

Y él continuó caminando con Margarita y con todo el cortejo nupcial,—bajando al risueño valle.

FIN

INDICE

| | PÁGS. |
|--------------------------------------|-------|
| Sinfonía. | 5 |
| PRIMER ACTO | |
| Se alza el telón. | 19 |
| Entra el ama de llaves. | 35 |
| Habla el ama de llaves. | 43 |
| Nuevos personajes en escena. | 61 |
| Salida de Wilding. | 93 |
| SEGUNDO ACTO | |
| Vendale se declara. | 121 |
| Vendale se decide. | 153 |
| ACTO TERCERO | |
| En el valle. | 179 |
| En la montaña. | 205 |
| CUARTO ACTO | |
| El reloj de seguridad. | 231 |
| Victoria de Obenreizer. | 249 |
| Cae el telón. | 267 |